

Cuando se comienza una obra nueva, ya sea una Iglesia como tal o, quizás una pequeña obra de extensión, generalmente se comienza con miedo, de a poco, se espera unos años, los pasos son lentos y dubitativos. El temor a lo nuevo que vendrá, la incertidumbre que da el no saber si se está haciendo lo correcto, e incluso la escasez de recursos humanos y materiales son factores que juegan en contra y atentan con el crecimiento de la semilla del Evangelio. Si a esto le sumamos todos aquellos obstáculos que tuvieron en el camino los pioneros de la Iglesia Bethel, todo hubiera parecido poco menos que imposible. Pero estos hermanos valientes comenzaron con todo. Ellos estaban tan seguros de que Dios los bendecía, que le dieron marcha al proyecto que estaba en sus sueños y que hoy es nuestra amada Iglesia Bethel.

En el mismo año en que se forma el grupo y se constituye la Iglesia, se compra y escritura el terreno donde está nuestro templo hoy. Aunque en el relato parezca una historia larga, los tiempos fueron acelerados. Muchas cosas fueron logradas en pocos años. Fue, sin dudas, un esfuerzo enorme, porque era un grupo de un poco más de treinta hermanos. El desafío fue grande y esperaban grandes cosas, porque siempre confiaron en que el Señor los había guiado hasta allí, y era El que los sostendría en todo momento. Y aunque a la distancia, los primeros tiempos contados por nuestro hermano Remigio Prieto nos suenan alentadores y llenos de empuje, no todas fueron experiencias fáciles.

Como leímos en el capítulo anterior, sobre el terreno que se compró en 1964 se colocó una casilla provisoria dos años después, que cumplía las funciones de templo. Poco a poco comenzó la construcción de lo que ahora es la planta educacional, que serviría luego como lugar de reunión. Esto se logra en 1968. El próximo paso es pensar en la edificación del templo definitivo.

Durante esta edificación se sucedieron experiencias difíciles y experiencias felices, como en todo proceso que vivimos. Pero sabemos que todo lo que el Señor permite que suceda en las vidas de sus hijos, nos fortalece y nos ayuda a crecer y avanzar en nuestra vida cristiana. Y estos hermanos no se dejaron amedrentar por los problemas, porque estaban sostenidos en los brazos fuertes de nuestro Padre.

Los cimientos sobre los que están edificadas las paredes que nos cobijan, fueron rellenados por escombros picados por hombres, mujeres y niños que nos precedieron. Todas las familias, cada uno de los integrantes de ellas traían sus propias herramientas y trabajaban codo a codo para ahorrar unos pesos, que eran tan valiosos cuando tenían una obra tan grande por delante. Podemos imaginar los momentos de compañerismo que habrán pasado, cada uno con su martillo, picando preparando los cimientos de lo que habría de ser el templo, pero también la vida de la Iglesia, el testimonio al barrio, la obra evangelística en este lugar. Quizás habrán hecho esta tarea alabando a Dios, y soñando con el día en que estas alabanzas fueran elevadas dentro de las paredes que ellos estaban preparando. Los cimientos no eran solamente estos escombros, sino también sus propias vidas comenzando el servicio a Dios en una nueva Iglesia. El compañerismo que tenían y sentían, es el mismo que nos han contagiado a nosotros y que, seguramente, perdurará a través del tiempo, en los que nos sigan.

Otra cosa que aprendieron nuestros hermanos es a capitalizar los malos momentos. Aunque a la distancia, todo parezca fácil y los tiempos cortos y sencillos, muchos malos ratos hicieron aparecer nubes que querían nublar el espíritu de lucha de nuestros hermanos. Un hecho de los que me contó Remigio, describe la garra que tenían para enfrentar las adversidades y salir victoriosos, sabiendo que Dios es el que los ayudaba y sostenía, mostrándoles las soluciones a pesar de las pruebas. Durante la época de la edificación, se compraron materiales de construcción y se guardaron, para abaratar los costos, aprovechando mejores precios. Entre los materiales que estaban

guardados, también había una buena provisión de bolsas de Pórtland. Alrededor el año 1975 surgieron algunos problemas en la edificación. Los hermanos habían entregado dinero a las personas que dirigían la obra en construcción, confiando en su administración. Pero ellos no les pagaron a los albañiles. Por supuesto, los albañiles interrumpieron el trabajo en medio de protestas y conflictos. Estos trabajadores, ante situaciones similares, estaban preparados para escuchar gritos, negaciones, una clara exposición de los derechos de haber pagado por adelantado, una desligación de responsabilidades. Creo que estaban más preparados para responder a cualquiera de las situaciones menos a la que se encontraron. Nuestros hermanos pagaron el trabajo con el dinero de sus bolsillos. Ellos priorizaron el buen testimonio antes que hacer valer sus derechos. Seguramente, su obrar habrá impactado en la vida de los albañiles. Pero eso significó que el dinero que estaba previsto para continuar adelante con la edificación, se fuera diluyendo. Los materiales que habían sido comprados, fueron guardados hasta reunir nuevamente dinero para continuar adelante. Las cosas se pusieron difíciles, los tiempos del país mostraban complicaciones en la economía, y fue pasando el tiempo.

Cuando se pudo continuar, y fueron a revisar los materiales, se dieron cuenta de que las bolsas de Pórtland se habían secado tanto que habían quedado inutilizadas. Muchas lágrimas habrán aparecido en los ojos de aquellos hombres y mujeres. Pero como ellos podían ver la luz siempre en las dificultades, lograron encontrar un fin para utilizar aquellas bolsas. Si nosotros hoy pudiéramos ver a través del púlpito, si el piso fuera transparente, las veríamos abajo. Lo que parecía inservible, sirvió para elevar la plataforma desde donde se predicó el Evangelio tantas veces. Fueron la base donde se pararon muchos siervos del Señor para llevar almas de muerte a vida con el poder de la Palabra de Dios en sus bocas. Dios transforma también lo inservible en útil. Las vidas de tantos hijos suyos puestas en sus manos son utilizadas como joyas preciosas para Su Obra.

Otra experiencia similar surgió cuando, luego de haber pedido un crédito a la Convención para edificar, cambia la situación económica del país y la deuda original de \$ 17.000 se transforma en \$ 74.000. La temida inflación que aún nos persigue, se hace dueña de la economía. La situación era desesperante, y se sumaba al hecho de que muchos, en el desánimo, abandonaron la congregación. Pero nuestro Dios, siempre en el control de las cosas, cuida un remanente fiel de hermanos que, una vez más, continúan adelante. Remigio Prieto envía una carta a la Convención donde explica esta situación, y todo queda suspendido, gracias a Dios. Recién en el año 1990, a través de arreglos efectuados por el arquitecto Ragni, la deuda queda saldada. Una prueba más de que Dios preserva su obra y continúa lo que empezó. Aquel que comenzó la buena obra es fiel en completarla.

Pero sabemos, que el poder contar con todo lo que tenemos y con el templo que poseemos ha sido gracias al sacrificio, las ofrendas, los regalos de muchos hermanos que estamos ahora, y que nos precedieron. Todas las obras y las compras se han realizado a pulmón y a compromiso puesto en acción por hombres y mujeres que amaron y aman nuestra Iglesia Bethel. Los casos son muchísimos y no podríamos enumerarlos a todos, por eso rescatamos algunos de ellos para que nos sirvan de ejemplo y nos alienten en el camino que estamos recorriendo.

Cuando se terminó la construcción del templo, que se hizo con mucho esfuerzo, y que duró varios años, seguramente la tesorería habrá quedado con casi nada de dinero, y el piso era solamente de material. Quizás se soñaba con que todo quedaba terminado, pero los fondos de dinero no habían alcanzado para tanto. El hermano Daniel Alastra, uno de los primeros miembros, donó el mosaico que hoy es el piso de nuestro templo.

Nuevamente la provisión de Dios, mostrada en un corazón dispuesto y generoso, hace que se siga progresando y que la obra no se detenga.

Otro ejemplo podemos verlos en la donación de los vidrios que están en las ventanas sobre la calle Casilda. Hace mucho tiempo, asistía a las reuniones una hermana, la señora de Palacios. Ella era fiel, no faltando a ninguna de ellas. Su esposo, que era periodista del Diario La Capital, nunca concurreó al templo. Sin embargo, no sabemos si por el ejemplo de su esposa, si por la fidelidad que vio en ella, si por haber escuchado el Evangelio de sus labios, o simplemente, porque el testimonio de vida de esta hermana era tan fuerte como para no poder negar que Dios vivía en ella, él donó los vidrios que mencionábamos. ¡Cuántas veces el testimonio de nuestras vidas impacta mucho más en los demás que nuestras propias palabras! Este puede haber sido uno de los casos, y quizás muchos más de los cuales no tenemos conocimiento. Pero Dios se vale aún de los corazones más duros cuando quiere cumplir su propósito.

Algunos años más tarde, y luego de tener terminado el templo, se empezaron a ver las cosas que faltaban, que eran necesarias, pero que, al no ser imprescindibles, habían sido dejadas para el final. Anteriormente, el atrio, se comunicaba con el templo en forma directa, porque no había cerramiento allí. El matrimonio formado por Concepción y Policarpo Gaitán fue el que donó el hermoso cerramiento de madera con vidrios biselados que hoy podemos ver cuando cruzamos la entrada. Desde este recuerdo agradecemos su generosidad, así como su trabajo y compromiso que de continuo mostraron entre nosotros.

Para los que somos más viejos entre la membresía, nos acordamos que pasamos de tener unas estufas simples a tener unos calefactores que estaban ubicados sobre la pared del templo que se comunica con la planta educacional. Algunos años más tarde, gracias a los contactos del hermano Demetrio "Tito" Chomyn pudimos adquirir un equipo de calefacción central a muy bajo costo, y él mismo con sus empleados, lo colocaron en forma gratuita. Desde ese momento, además del fuego de nuestros corazones, pudimos tener un ambiente calentito y agradable para todos, especialmente para que nuestros mayores estén cómodos y abrigados.

Al comienzo de los tiempos de la Iglesia, los fondos escaseaban, y seguramente tendrían un destino dirigido a la construcción y al mobiliario. Cualquier ahorro era bien recibido. La limpieza del templo estaba a cargo de la hermana María Ester de Prieto, que se ocupaba sin percibir siquiera una ofrenda, sino que ella misma ofrendaba su trabajo. Algunos años más tarde fue reemplazada por sus hijas, Betty y Noemí. Agradecemos su trabajo que nos enseña que nada es poca cosa para hacer para nuestro Señor, y que no hay trabajo más importante que otro, sino que todos son necesarios para que la Iglesia funcione como lo que es, el Cuerpo de Cristo.

Muchas veces, y en muchas oportunidades se llevaron a cabo jornadas de trabajo, en las que se pintó el templo, se realizaron arreglos, se ordenaron armarios. Era una buena excusa para juntarnos y poder llevar adelante algún proyecto que se presentaba. Pero creo que uno de los más ambiciosos fue la remodelación de la plataforma donde se encuentra el púlpito. Entre todos nos unimos para darle un regalo especial a nuestra amada Bethel en su cumpleaños número 43. Si bien la tarea comenzó un poco antes, la semana en que iba a ser festejado el aniversario, se cerró el templo para preparar lo que fue una sorpresa para todos. Los hermanos Víctor Kündinger, Rosa de Murúa y Francisco y Gaspar Avalo, estuvieron trabajando casi a tiempo completo durante unos días. Se cambió todo, desde el piso, las paredes, la iluminación, los sillones, las cortinas (que fueron cosidas por Inés de Cociancig) hasta los floreros con las flores que decoran el lugar. Pero los cambios más importantes, reclamados durante años por el hermano Remigio Prieto, fueron el púlpito y una madera que sostenía el

telón y las luces. La noche que celebrábamos el cumpleaños, se tapó todo con un telón, que fue corrido, a modo de abrir un regalo. ¡Qué momento emocionante! Todos nos sentimos participantes de esto, porque cada uno había puesto su granito de arena, con donaciones de tiempo, dinero y esfuerzo.

Habría muchos casos más para mencionar, pero en estos ejemplos extendemos el agradecimiento a todos aquellos que hicieron posible que el templo cuente con todas las comodidades que tiene ahora. ¡Gracias!

Otro tema fue la provisión de mobiliario. Lo único que se contaba para comenzar, y que se trajo desde la Iglesia del Redentor es el atril. Este había sido fabricado por uno de los pioneros, el hermano Braulio Peralta, que también construyó el púlpito que aún está en la Iglesia del Redentor. Aún lo conservamos entre nosotros y es un testigo mudo de nuestra historia ¡si pudiera contarnos todo lo que vivió! Pasó del galpón del hermano Carvi a la capilla de madera, de allí a la planta educacional (nuestro primer salón) y luego al templo. Los tiempos han cambiado y podemos ver progresos, pero cuando lo vemos a un costado, podremos ver un pedazo de nuestro pasado.

Luego de utilizar sillas prestadas por un club, y luego alquiladas, se decide comprar los bancos que aún conservamos. Luego de pensar mucho, se resuelve que la mejor forma de hacerlo es comprando uno por familia, y donándolos a la Iglesia, para que pasen a formar parte de su mobiliario. Nuevamente recibimos una lección de aquellos hermanos: unánimes en las adversidades, juntos sintiendo lo mismo, con un objetivo común. Las palabras del Salmo 133 pueden resonar en nuestros oídos: “Allí es donde Dios envía bendición y vida eterna”.

¿Qué Iglesia que se considere como tal deja de lado la música? Forma parte de la alabanza y adoración a nuestro Señor. ¿Cómo habrán sido las primeras reuniones? Seguramente nuestros hermanos elevarían sus voces al Señor y esto haya sido una dulce melodía ante su trono. Quizás haya sonado algún instrumento para acompañarlas. Pero no fue sino hasta 1965 que tuvimos nuestro primer armonio. Como desde siempre, las mujeres de nuestra congregación dijeron ¡presente! El armonio fue una donación de la Sociedad Femenil, que funcionaba desde antes de la constitución de la Iglesia, aunque se constituyó definitivamente el 17 de mayo de 1964. Su presidente era Clara de Klett y algunas hermanas que formaban la comisión eran: Élida de Alastra, Hipólita de Barach, Mercedes de Quinteros, Angélica de Masri, Antonia de Prieto, María de Guaimás, entre otras. Ellas propulsaron también la construcción de la cocina, en 1966, que funcionaría detrás de la capilla de madera que había en esos momentos. Ellas fueron las pioneras de otras mujeres que vinieron detrás y que, con su trabajo, sus ofrendas, su constancia, siempre estuvieron presentes en la obra, muchas veces dando el primer paso.

Como eran otros tiempos no se hablaba de máquina de escribir, computadoras, fotocopadoras sino de mimeógrafos. Para quienes no conocieron este instrumento era un mueble de considerables dimensiones, utilizado para hacer copias de papel escrito en grandes cantidades. Era totalmente manual. Los textos eran preparados con la ayuda de una máquina de escribir, una matriz en papel, llamada esténcil, impregnada con tinta por una de sus caras. Era un medio de impresión de uso fácil y económico, pero lo más avanzado de la época. Aunque el grupo de hermanos era reducido en número y en años de formación, se adquirió uno en 1969 ¡todo un avance! Seguramente habrán pasado por allí escritos usados en la Escuela Bíblica Dominical, programas de Navidad, invitaciones, y cuántas cosas más. Ya teníamos planta educacional y mimeógrafo, grandes pasos para la educación cristiana, un valuarte que siempre se defendió en esta esquina, aún ahora, una época en donde parece que está un poco “pasada de moda”.

En diciembre de 1964, y a punto de lanzar el primer impacto evangelístico, se compraron un par de altoparlantes que se colocaron arriba del auto de uno de los

miembros, para ser utilizado para hacer propaganda. Fue el primer “camión de exteriores”, antepasado de una Traffic roja que se paró en plazas para llevar sonido y equipamiento teatral y alcanzar, por estos medios a quienes no conocían a Cristo.

Con pocas cosas materiales, pero que demandaron un gran esfuerzo de parte de nuestros primeros hermanos, se dieron los primeros pasos de nuestra historia, que aún está en pleno desarrollo. Dios nos está acompañando como en ese comienzo, también ahora. No nos promete tiempos fáciles, pero sí sostén. ¡Confiemos en su fidelidad! El ejemplo de nuestros hermanos la garantiza.